Tema 4. **¿POR QUÉ JUDAS ISCARIOTE TRAICIONÓ A JESÚS?**

El retrato de un traidor

Existe un hombre del que todos hablan con desprecio, y cuyo nombre se ha convertido en el símbolo de la traición, la desesperación y el pecado: Judas Iscariote, uno de los doce apóstoles de Jesús. Su apellido, Iscariote, significa *hombre* (***Ish…***) de *Kariot* (***…cariote***), un pueblo de Judea, es decir del sur, de donde procedían él y su familia. Era el único entre los doce propiamente Judío y no Galileo.

La figura de este personaje trágico en la historia de la humanidad, aparece muy poco en el Nuevo Testamento, y sólo a propósito de su crimen y su desgracia. En cambio, la tradición posterior se ha ensañado con él, y lo ha condenado a ser perpetuamente signo de vergüenza y desprecio. A lo largo de la historia del cristianismo los hombres han querido penetrar en la mente de Judas para descubrir por qué traicionó a Jesús, pero nunca han hallado una respuesta satisfactoria. El enigma de esta deslealtad parece mantenerse tras la niebla del misterio.

Pero sí hay algo que debemos descartar: que Cristo lo eligió para que lo traicionara, que lo seleccionó sabiendo que lo iba a entregar. Suponer esto sería casi una blasfemia, porque admitiría que Jesús colocó a propósito a un hombre en una situación en la que era inevitable que cometiera semejante delito, lo cual significa desconocer el proyecto de Dios, que quiere que todos los hombres se salven.

Lo eligió para que estuviera con él

El Evangelio dice claramente para qué eligió Jesús a Judas. Lo eligió, así como a los demás apóstoles. *«Y sube a la montaña, llama a aquellos que el quería, y se fueron con él. E hizo Doce que también llamó apostoles para que estuvieran con él y para enviarlos a anunciar y tener el poder para expulsar demonios; y puso el nombre Pedro a Simón, a Santiago aquel de Zebedeo y Juan el hermano de Santiago les puso el nombre de Boanerges es decir, hijos del trueno; y Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón e Cananeo y Judas Iscariote, el cual también lo entregó»* (Mc 3,13-19). Y nada lleva a pensar que durante los primeros tiempos Judas desempeñara su misión de un modo menos digno que los demás compañeros. Al contrario, sus cualidades de afecto y fidelidad a Jesús y de interés por sus colegas era tal, que lo habían nombrado tesorero del grupo *«teniendo la bolsa, robaba? lo que se depositaba dentro [las cosas metidas dentro llevaba]»* (Jn 12,6b). Esto hubiera sido imposible si Judas no hubiera gozado de muy buena fama y estima entre los apóstoles y el Maestro. Pensar que Judas fue un indudable traidor desde el principio es un error disparatado.

¿Qué fue, entonces, lo que llevó a este discípulo a entregar a Jesús en manos de sus enemigos para que lo mataran? Sólo puede haber tres verdaderas razones para ello. Todas las demás que se han sugerido a lo largo de la historia son variantes de estas tres. Trataremos de analizarlas y ver cuál de ellas es la que mejor se adecua con todos los datos que nos ofrecen los Evangelios.

Por avaricia

La mayoría de los comentaristas se han inclinado a pensar que la codicia fue el motivo que llevó a Judas a cometer su traición, puesto que es el que parece más obvio. Para ello se basan en tres argumentos, sacados de los mismos Evangelios. En que lo vendió por dinero *«treinta monedas de plata»* (Mt 26,15); en que era excesivamente apegado al mismo, como se desprendería del episodio en el que el apóstol protesta por el derroche que significaba que una mujer ungiera los pies de Jesús con un perfume muy caro, del que podría haberse obtenido un buen precio *«¿pnor qué no ha sido vendido por trecientos denarios?»* (Jn 12,4); y en que en el Evangelio se le acuse de ladrón (Jn 12,6). Pero si analizamos con detenimiento los textos evangélicos, podemos advertir que de ellos no se deduce una conclusión tan evidente.

Con respecto a la venta por treinta monedas de plata, Mateo es el único que trae este dato, porque en su permanente esfuerzo por mostrar el cumplimiento de las antiguas profecías en Jesús, ve cumplida así una profecía de Zacarías (11,12). En cambio Marcos cuenta que Judas fue a entregarlo *gratis*, sin pedir nada a cambio, y fueron los sacerdotes quienes, por la alegría, prometieron darle dinero (14,10-11).

De todos modos, aun suponiendo la venta por treinta monedas de plata, éste había sido un precio muy bajo, ya que era el fijado por la ley para pagar la indemnización por la muerte accidental de un esclavo (Ex 21,32). Por la vida de un maestro de la ley, un hombre codicioso podría haber obtenido sin duda mucho más. Judas habría realizado un trato muy poco ventajoso, que revelaría escasa ambición. En lo relativo a la protesta por el despilfarro del perfume, Mateo nos cuenta que no sólo fue Judas el que se indignó por el derroche, sino que todos los discípulos lo reprobaron por igual (Mt 26,8). ¿Por qué, entonces, sólo Judas sería el ambicioso?

Y, por fin, la acusación de ladrón. ¿No será que cuando se escribió el Evangelio de san Juan, unos sesenta años después de la muerte de Jesús, la tradición que ya le era adversa, había agregado a Judas, además del pecado de traición, el de latrocinio? Muchos teólogos piensan así.

Por odio

La segunda razón que han propuesto algunos exegetas es que Judas era un nacionalista fanático y violento, perteneciente a un grupo político de aquella época llamado los "sicarios", cuyo objetivo era expulsar a los Romanos de Palestina por cualquier medio. Judas habría visto en Jesús a un líder influyente y poderoso que con su palabra y su fuerza milagrosa podía encabezar una gran rebelión judía contra los extranjeros que sojuzgaban a su pueblo. Pero al comprobar que Jesús tomaba otro camino, el del amor y la no violencia, y que incluso hacía favores y milagros a los mismos soldados romanos, su devoción se convirtió primero en amarga desilusión, y luego en profundo odio, que lo llevó a buscar la muerte de aquél de quién había esperado tantas cosas y que había terminado defraudándolo. Quizá Judas acabó odiando a Jesús por no haber sido el Cristo que él, al igual que muchos judíos, quería que fuera. Sin embargo este argumento tampoco convence. Por ejemplo, cuando durante el juicio de Jesús los sumos sacerdotes y el Sanedrín buscan afanosamente testigos contra el Señor y no los encuentran *«los sumos sacerdotes y el entero sanedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús y asi condenarlo a muerte, habiendo llegado muchos falsos testimonios no encontraron»* (Mt 26,59-60), ¿por qué no se presentó él para prestar declaración? ¿Qué testimonio habría sido más efectivo que el de uno de los más cercanos seguidores del Maestro?

¿Y por qué, a partir de la traición en el Getsemaní, Judas desaparece de la escena en vez de gozar, como hubiera sido lo lógico según esta hipótesis, del espectáculo de la pasión? Finalmente, el suicidio, símbolo inequívoco de la desesperación, no se acomoda bien con la hipótesis de su odio contra Jesús. Judas era, un hombre nacionalista fanático y violento, quizá partidario de los sicarios, pero no entregó a Jesús por odio.

Por *amor*

Hay una tercera causa por la que Judas pudo haber traicionado a Jesús y es, quizás, la más probable de todas. Tal vez Judas jamás deseó la muerte del Señor. Porque en el fondo lo amaba. En efecto, por los Evangelios deducimos que había entre ambos una especial y personalísima relación. Esto no sólo se pone de manifiesto en el hecho de que Judas había sido nombrado administrador y ecónomo del grupo de los 12 (lo cual no hubiera sido posible sin una destacada confianza de Jesús hacia Judas), sino también en algunos otros detalles, como los que leemos en la última cena. Al leer el Evangelio aparece claro que Jesús, sentado en el centro del grupo, tenía probablemente ubicado a su lado, en el lugar de honor, al mismo Judas, con el cual pudo hablar en privado sin ser oído por los demás. Sólo así se explica que cuando Judas le preguntó si él era el que lo iba a traicionar, Jesús pudiera responderle sin despertar la reacción de los otros once contra él: *«llegada la noche, estaba a la mesa con los doce. Y mientras comían dijo: en verdad, les digo que uno entre ustedes me entregará. Y entristeciendose mucho, comenzaron a decirle cada uno: ¿quizas yo soy, Señor? Entonces el respondiendo dijo: el que sumerge conmigo la mano en el plato, este me entregará… entonces respondiendo Judas el traidor le dijo: ¿quizas soy yo, maestro? Le dijo: Tú lo has dicho»* (Mt 26,20-25).

El pan en la boca

Pero hay una prueba más de un especial afecto entre Jesús y Judas. En la cultura oriental es una muestra de particular estima ofrecer un bocado a un invitado. Si vamos a dar crédito a la escena relatada por el Evangelio de Juan, Jesús realizó este gesto con Judas: *«Aquel es, al cual yo mojaré el bocado y lo daré»* (Jn 13,26). Se descubre, incluso, una insólita intimidad entre ambos en el hecho de que Jesús aparece transmitiendo a Judas mensajes en clave que sólo él y el discípulo amado podían advertir, y sin llamar la atención de los otros, como cuando le dice: *«Aquello que haces, hazlo pronto»* (Jn 13,27).

Es probable que Judas, pues, no quisiera la muerte del Señor. Lo amaba. Pero lo amaba de un modo equivocado. Judas era un hombre nacionalista y violento, con sueños de poder y de grandeza. Y no albergaba la menor duda de que su amigo Jesús podía hacer realidad ese sueño. Veía ciertamente en él a un líder divino, con la misión de instaurar un reino nuevo, magnífico, poderoso. Por eso durante los primeros tiempos fue un apóstol fiel y correcto, feliz de ver a las multitudes que se aglomeraban alrededor del Maestro, y que lo seguían extasiados para escuchar su palabra. Sin embargo al promediar su vida pública, cuando cambió el tenor de su prédica y comenzó a hablar de la necesidad de su pasión, de su muerte dolorosa, de sus sufrimientos, la fe de Judas sufrió una dura crisis y su ánimo empezó a decaer terriblemente desengañado.

El hombre que quiso cambiar a Dios

El primer signo de la tempestad interior aparece reflejado cuando Jesús, en su discurso de la sinagoga de Cafarnaúm, rechaza el homenaje de la gente que quería hacerlo rey. Judas entonces se dio cuenta de que el triunfo tan ardientemente deseado, el ideal que anhelaba, no llegaría. Se le hace difícil entrar por los nuevos caminos que sugiere el Maestro. Se resiste a seguirlo por esa ruta umbrosa y poco efectiva. Se siente personalmente desilusionado, y entra en una congoja que es fruto amargo de su crisis de ilusiones terrenas. Y porque lo ama y no quiere que sufra, pretende imponerle sus criterios, demasiado humanos, contra el camino de "siervo sufriente" que se presentaba delante de su Maestro.

Es entonces cuando resuelve entregarlo. Al ver que no se dedica a establecer el reino del que tanto hablaba, que se movía con demasiada lentitud, quiso obligarlo a actuar. De ninguna manera quería Judas que su Maestro fuera crucificado. Sólo pensaba crear una situación en la que Jesús se viera forzado a desatar su poder. Pensó que al verse acorralado por los soldados romanos, encerrado entre la espada y la pared, haría un magnífico milagro, acabaría con la ocupación extranjera e instauraría por fin el reino del que muchas veces había oído predicar. Judas soñaba. Pero se equivocaba.

Con un beso de amor

Mucho se ha hablado del beso de traición. Pero el texto original griego del Evangelio parece decir otra cosa. En efecto, cuando se cuenta que Judas había dado como señal a los soldados que iba a besar al Maestro, se usa el verbo *filéo*, que es la palabra corriente para decir "sentir afecto por" *«aquel a quien besaré [quiero] él es, arrestenlo»* (Mt 26,48). Pero al acercarse Judas a Jesús y besarlo [quererlo], el Evangelio emplea el verbo *katafiléo*, que significa "querer afectuosamente, en forma cariñosa" *«e inmediatamente, habiendose acercado a Jesús, dijo: Salve, Maestro, y lo besó [quiso afectuosamente]»*, y que se utiliza propiamente para indicar el beso característico del amigo cercano, del alumno, del discípulo agradecido.

¿Por qué Judas besó a Jesús? ¿Para identificarlo? ¿Acaso la gente y los soldados que fueron a arrestarlo no conocían de sobra al hombre que enseñaba todos los días por las calles y en el Templo? Claro que sí. Jesús no necesitaba ninguna identificación. Cuando Judas se adelantó para besarlo no lo hizo para identificarlo, sino como un discípulo besaba a su Maestro, con afecto y cariño. Y fue sincero al hacerlo. Luego, dando un paso atrás con expresión de orgullo, esperó que Jesús fulminase a los soldados con un portento y estableciera su triunfo definitivo. Aún así Jesus lo llama *«Amigo»* (Mt 26,50).

Un final como Dios manda

Es en ese momento cuando comienza la tragedia de Judas. Porque comprobó que su Maestro no se defendía, no ejercía violencia, ni actuaba del modo esperado. Y comprendió, aunque tarde, que se había equivocado. Que Jesús nunca había pensado en aniquilar violentamente a sus enemigos. Y con angustia, fue a los sacerdotes y les devolvió el dinero diciendo: *«He pecado habiendo entregado sangre inocente»* (Mt 27,4). Según el evangelio, el cambio de actitud espiritual de Judas lo provocó directamente la condena a muerte de Jesús. Por lo tanto, él no la esperaba, a pesar de conocer el odio y las malas intenciones del Sanedrín, sino que conjeturaba que a última hora y de un modo milagroso se libraría de sus enemigos. Luego, Judas no quiría la muerte de Jesús. Llegamos así al borde del abismo inmensamente oscuro, que es el alma de un hombre acorralado y quebrado en sus más caras ilusiones, antagónicas a los ideales de Dios. La tragedia de Judas fue que se negó a aceptar a Jesús tal como era, y trató de convertirlo en lo que quería que fuese.

¿Se condenó Judas?

Una de las cosas más hermosas que se hayan dicho de este apóstol, la escribió Orígenes (184-253 d.C). Basándose en el final relatado por Mateo, sugirió que cuando Judas se dio cuenta de lo que había hecho se apresuró a suicidarse (Mt 27,5) esperando encontrarse con Jesús en el mundo de los muertos y allí, con el alma al descubierto, implorarle el perdón. La Iglesia jamás enseñó la condenación de Judas. Ni lo podrá hacer, ya que su misión consiste en salvar y en enseñar como se es salvado por Dios. Ni siquiera las palabras de Jesús sobre Judas: *«bueno para él, si no hubiese nacido aquel hombre»* (Mc 14,21) implican una condenación eterna. Cuentan de Santa Teresa de Jesús que un día se le apareció el Señor, a quien solía tratar con amorosa confianza. Santa Teresa, mujer al fin, tenía curiosidad por saber si Salomón estaba en el cielo o en el infierno, y le preguntó así:

– Señor, ¿Salomón se salvó?
El Señor le contestó de esta manera enigmática:
– ¡*Idolatró*!
La santa, espantada, volvió a preguntarle:
– Entonces ¿se condenó?
Y el Señor le respondió:
– ¡*Edificó el Templo*!

Con lo cual Teresa aprendió la lección de que hay asuntos que están reservados a los arcanos designios de Dios. ¿Queremos saber los caminos de Judas después de su muerte? Por tales caminos sólo Dios puede seguirlo.

AAV

μενοῦν μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες
*Más bien, dichosos los que escuchan **La Palabra** de Dios y la practican*